

Los colores que no son complementarios, puestos en contraste, algunos se modifican suavizando su intensidad, con un efecto agradable a la vista. Otras veces el contraste es de un efecto ingrato. Estos casos son materia de discusión de las señoras, en la elección de los adornos para sus trajes, y no siempre son acertadas, pues a veces eligen colores *inarmónicos*.

Dos colores son inarmónicos o discordantes, cuando uno produce tal efecto sobre el otro, que los hace aparecer más diferentes uno del otro, que cuando se ven separados.

Todo lo indicado, relativo al contraste de los colores, tiene numerosas aplicaciones, en las bellas artes: en la pintura, en el decorado de los salones y de las habitaciones, en la confección de ramillos de flores, en la asociación armónica de ellos en los jardines, etc.

LIBORIO ZERDA

EL DESIERTO DE LA CANDELARIA

(Fragmento de un libro titulado
"En la tierra de los olivos")

Siguiendo la dirección del sur que hemos traído hasta Sáchica, trasmontamos una cadena de colinas desnudas, eriales, de tierras de varios colores, y después de algunas horas de camino llegamos a uno de los picos más altos de aquellas montañas que dominan el pueblo de Ráquira. Lo desierto del suelo se prolonga al costado sudeste y el aspecto que presenta al viajero es ingrato y monótono, acaso una que otra choza infeliz es todo lo que se ve, pero bien allá al pie de unas montañas plomizas y lóbregas, se bosquejan los vagos contornos del convento de La Candelaria; dijérase al verlo de lejos que es uno de aquellos preciosos vasos

exhumados de las necrópolis egipcias, erguido con airoso gusto en el fondo de una carpeta verde, allí extendida de propósito con tal objeto. En efecto, la tristeza que se había apoderado del espíritu truécase bien pronto en inmenso placer y a vista del convento siéntese entonces un vigoroso impulso que restaura el desgaste de los bríos perdidos y los atrae poderosamente a aquel lugar.

Ya estamos en el encantador oasis del desierto y nos embriagamos con su mágica hermosura: su templo elegante en que se da culto a Nuestra Señora de la Candelaria; su cómodo y espacioso convento con sus fuentes, patios, jardines, huertos y casas de hospedería, tiene para nosotros un soberano atractivo que constituye de por sí un tesoro de afectos en que palpita con fuerza el sentimiento religioso. Cuando se está en el convento se respira un aire nuevo embalsamado con el grato perfume que exhalan las flores de los jardines y el espíritu se dilata con la contemplación de un cielo azul, con frecuencia matizado de nubecillas que pasan unas en pos de otras. Aquel ambiente tibio y fresco, lo recordamos muy bien, nos mantenía en una envidiable suavidad; los árboles del huerto cargados de frutos en sazón, muy olorosos, dulces y deleitables al gusto, nos tenían cautivos al pie de las alegres frondas que ensordecía el río. A medida que nos regalábamos con estas dulzuras y goces inocentes, nos parecía que estábamos en el Huerto de la Delectación que describe con maravilloso arte Alfonso de la Torre, y todavía más, nuestra alegría llegaba al colmo con la jugosa conversación de los religiosos que señorean aquella mansión de paz y que hacían muy interesante por lo fluída y correcta al desarrollar variados y amenos temas místicos, evocadores del sentido Malon de Chaide. Inenarrable dicha nos domina entonces y en los momentos en que nos sentimos más enardecidos al influjo de aquel

verbo vibrante y castizo, golpea de improviso en el pensamiento una ráfaga de luz y pensamos inconscientes al punto en el monstruo de la naturaleza, en el divino Lope de Vega: le imaginamos vivo y forjamos la ilusión de que nos hallamos sentados con él en el prado, escuchando en respetuoso silencio su voz, que en su inimitable oda *A la vida libre*, resuena con eco penetrante en los oídos, sobre todo, al escuchar los siguientes versos que enardecen el sentimiento y exaltan la imaginación:

Aquí la verde pera
 con la manzana hermosa
 de gualda y roja sangre matizada
 y de color de cera
 la cermeña olorosa
 tengo, y la endrina de color morada;
 aquí de la enramada
 parra que el olmo enlaza
 melosas uvas cojo
 y en cantidad recojo,
 al tiempo que las ramas desenlaza
 el caluroso estío
 membrillos que coronan este río.
 No me da descontento
 el hábito costoso
 que de lascivo el pecho noble infama:
 es mi dulce sustento
 del campo generoso
 estas silvestres frutas que derrama:
 mi regalada cama
 de blandas pieles y hojas,
 que algún rey la envidiara;
 y de ti, fuente clara
 que bullendo el arena y agua arrojas
 estos cristales puros:
 sustentos pobres, pero bien seguros....

El Desierto de la Candelaria, además de ser un verdadero paraíso, es uno de los monumentos históricos de nuestra región. Fundado en 1604 tuvo principio el acto de su fundación «en el fervor religioso» de un particular llamado Diego de la Puente, quien, desengañado de las vanidades del siglo, determinó hacerse sacerdote y morar en aquel sitio con otros compañeros animados del mismo espíritu. Y así lo hicieron: después desapareció el Padre De la Puente y no se tuvo más noticia de su destino. «Los compañeros—dice el historiador Groot—permanecieron en su vida solitaria, hasta que reflexionaron que, no siendo ellos sacerdotes para dar culto más regular a la Virgen, debían poner la capilla con su imagen a cargo de una comunidad de religiosos que se estableciese en aquel sitio. Consultáronlo con el Padre Fray Mateo Delgado de la orden de San Agustín, que estaba de doctrinero en Tijo y Ráquira, ofreciéndose a su religión la imagen, el sitio y todo cuanto tenían como sus mismas personas, para que se fundara un convento de recoletos.»

El Padre Delgado consintió en la oferta que se le hacía tocándole de consiguiente la gloria de ser el fundador de aquel convento, que ha dado a Dios y al mundo varones insignes en virtud, penitencia e ilustración y cuyos altos ejemplos sirven de ruta a cuantos anhelan trillar las escabrosas, pero halagüeñas sendas del claustro monacal.

El Reverendo Padre Mateo Delgado, el primer médico que vino de España y murió en el convento, de edad muy avanzada, fue quien abrió surco luminoso a los operarios de la viña del Señor, que tan abundantes y opimos frutos la han hecho producir. «Oh dichoso desierto donde siempre es primavera por las flores de Cristo!» exclamaba San Jerónimo, y hoy hacemos nuestro ese arranque del alma en loa de los religiosos de la Candelaria.

Fuera de pléyade de misioneros y oradores esclarecidos, que como aguerrido escuadrón de coraceros, desfiló entusiasta y alegre en tiempos pasados, a vista de aquellos venerandos muros, a conquistar con la benéfica arma del evangelio las tribus salvajes de Casanare y demás lugares incultos, que despedazaban en breves horas con el furor de un clima indolente la vida del hombre; fuera de esta constelación esplendente decimos, tenemos además qué levantar la vista y detenerla para seguirla en su carrera por las serenas regiones del cielo de la gloria humana, aquellos astros de primera magnitud que más brillo han dado en los últimos tiempos a la orden de San Agustín y que bien quisieran no ser observados de ese poderoso telescopio llamado crítica, que nada deja pasar y todo lo escudriña y anota. Fijemos los ojos en la altura ahora que esos mundos están en la plenitud de la luz, llamémosles por sus nombres: el Ilustrísimo Señor Casas, obispo de Casanare, uno de los restauradores más celosos de este convento, que el Reverendo Padre Bustamante de feliz recordación, regaló a los religiosos, habiéndolo adquirido por compra en tiempo de la supresión de las comunidades monásticas; el Señor Moreno, obispo de Pasto, timbre y prez de la orden agustiniana, y el Reverendo Padre Favo, eximio orador sagrado, quien ha trabajado con noble ahínco en las misiones, sin codiciar otro premio que la gloria de Dios y el bien de las almas, son los que brillan con mayor intensidad de luz espiritual.

En fin, muchos otros podríamos citar, mas por temor de hacernos demasiado prolijos, renunciamos al placer de nombrarlos en nuestras páginas; bien saben ellos que en el hogar de nuestras simpatías ocupan puesto muy distinguido. Por lo que a nosotros respecta, de mil amores hubiéramos querido vivir en aquel lugar de dicha inefable, para haber libado con delecta-

ción del alma las mieles que acendran las virtudes del soñado vergel de religiosos. Las lágrimas que entonces vertimos hondamente embargados por la tristeza y el dolor al dejar el santuario de la Candelaria, serán disculpadas por el amor sincero que nos vincula al Desierto, como lo fueron igualmente las de Boabdil, al perder para siempre el mágico edén de su palacio de la Alhambra.

LUIS ALBERTO CASTELLANOS, M. A.
Colegial.

VIDA DE PITÁGORAS

Al señor don Manuel D. Cristinides, presidente de la Sociedad pitagórica de Nueva York.

Grecia, que debe a Jonia su primer poeta, le debe también sus primeros filósofos. En la misma costa del Asia Menor donde nació Homero, nacieron Tales y Anaximenes, Anaximandro y Heráclito; y, en una de esas islas colocadas por la Providencia como corona de perlas para adorno de esa isla tan mimada, nació el más grande filósofo que produjo la humanidad antes de Sócrates, el samio Pitágoras.

De la vida de Pitágoras y de las doctrinas propias del maestro, se sabe muy poco. Los antiguos historiadores griegos hablan de la sociedad pitagórica más bien que de su ilustre fundador, y en los escritos de Aristóteles se halla mencionado Pitágoras tan sólo dos o tres veces.